

sintieras más dejar, y con qué está más trabado y asido tu corazón? Y procura despegarte de ello poco á poco; porque el alma descarnada con menor dolor se arranca.

Mira tambien en qué ha de venir á parar, despues de muerto, esta carne, que tanto cuidas regalar; porque luégo que se te arranque el alma, quedará tu cuerpo tan feo y espantable, que tus mismos amigos huirán de ti, y no se atreverán á estar á solas contigo, y no te vestirán traje más costoso que de una triste mortaja. Luégo te procurarán echar de casa, no para más que encerrarte en un aposento tan estrecho, que no tenga más que siete pies. La cama será la tierra fria, donde, como dice Isaías, los colchones serán la polilla, los cobertores los gusanos, las almohadas los huesos de otros muertos; y, cubriéndote con tierra, te pisarán todos los que pasaren, y te resolverás en tierra y polvo.

¡Mira, pues, á quién regalas, y por quién te condenas! ¡Mira en qué viene á parar lo que más se estima y ama en este mundo: luego se olvidarán todos de ti, como si nunca hubieras sido, como tú tambien estás olvidado de otros difuntos tus amigos; y cuando te quedase despues de

muerto grande memoria y fama, poco importa á tu alma; porque si está en el cielo, no le acrecentará esto la gloria; y si en el infierno, no por eso se le disminuirá la pena! ¡Mira, pues, á quién procuras regalar, y por quién te acongojas, por un cuerpo que ha de ser pasto de gusanos: sobre quien fundas fábricas tan altas de vanas pretensiones, todas son torres de viento, pues se fundan en un poco de viento, que, convirtiéndose tan pronto en polvo, caerá todo el edificio de su soberbia: más vale edificar sobre la piedra viva, que es Cristo Jesus, un edificio eterno, que llegue al cielo, y dure para siempre!

DE LAS PENAS DEL INFIERNO.

Para huir del pecado es necesario que considere el cristiano el miserable estado en que vienen á parar los malos, y que baje viviendo con la consideracion al infierno, porque no baje con la verdad muriendo.

Aunque son innumerables las penas del infierno, todas ellas se reducen á dos, que son pena de sentido y pena de daño. Pena de sentido llamamos la que atormenta los sentidos y cuerpos, y tambien las almas de los condenados. Y pena de

daño es el carecer para siempre de la vision y compañía de Dios.

Comenzando, pues, por las penas de los sentidos del cuerpo, la primera es fuego de tan grande ardor y eficacia, que, segun dice San Agustin, este nuestro que acá experimentamos, es como pintado comparándose con él. Este fuego atormentará no solamente los cuerpos, sino tambien las almas; pero sin consumirlas, para que sea la pena eterna. Con esta pena se juntará otra contraria á ella, que será un espantoso frio que con ninguno de los nuestros se puede comparar; el cual se dará á los que arden en aquel fuego, pá-sándoles, como dice Job, de las aguas de nieve á sus llamas; y no solamente les atormentarán el frio y el fuego, sino tambien los mismos demonios, con figuras horribles con que se aparecerán, atormentando con su vista los ojos adúlteros y dishonestos. Esta pena es mayor de lo que se puede pensar; porque si algunas personas perdieron el sentido, y aun murieron con la vista de algunas cosas temerosas, siendo á las veces la sospecha sólo de ellas ocasion de erizarse los cabellos, ¿qué será el temor de aquel oscuro lago, lleno de tan espantosos mónstruos como allí se ofrecerán?

Al tormento de los ojos se acrecienta otra terrible pena para el olfato, que será un hedor insoportable que habrá en aquel lugar. Ponte á considerar aquel extraño tormento que un tirano cruelísimo inventó; el cual, tomando un cuerpo muerto, lo mandaba estirar sobre el hombre vivo, atando fuertemente el vivo con el muerto, dejándolos estar así juntos hasta que el muerto matase al vivo con el hedor y gusanos que de él salian. Pues si te parece tan horrendo este tormento, ¿qué tal será aquel que procederá del hedor de todos los cuerpos de los condenados, y de aquel tan abominable lugar?

Los oidos serán atormentados con perpétuas voces y blasfemias que allí sonarán. Allí se maldecirán unos á otros, y serán afrentosamente escarnecidos de todos los demonios. Tampoco faltará á la lengua y al gusto su tormento, pues leemos en el Evangelio la sed que padecía aquel rico gloton, y las voces que daba al santo Patriarca, pidiéndole una gota de agua para refrescarle la lengua que tan abrasada la tenia.

Fuera de esto, todos los males y dolores afligirán aquellos miserables; allí el mal de piedra, el dolor de gota y de ciática, allí el estómago y cabeza, todos los

artejos de los cuerpos de aquellos desdichados estarán con su dolor, sin estorbarse unos á otros el sentimiento.

Mucho mayores serán los del alma, cabiéndole tanto mayor parte de pena, cuanto fué más descuidada en atajar la culpa. La imaginacion será allí atormentada con una vehemente aprension de aquellos dolores, que en ninguna otra cosa pensará ni podrá pensar; porque si cuando un dolor es agudo no podemos, aunque queramos, apartarle del pensamiento, despertando el mismo dolor la imaginacion, que no piensa en otra cosa, ¿cuánto más cierto será esto allí, pues avivando de esta manera la imaginacion al dolor, y el dolor á la imaginacion, crecerá por todas partes el tormento? La memoria tambien por su parte los atormentará, cuando allí se acordaren de su antigua felicidad y sus deleites pasados, por los cuales vinieron á padecer tanto. Allí verán claramente, cuán caro les costó aquella golosina miserable, y cuanta pimienta tienen aquellos bocados que tan dulces les parecian.

Esta pena se aumentará cuando poniéndose á medir la duracion de los placeres pasados con la de los dolores presentes, vieren cómo los placeres duraron

un punto, y los dolores durarán para siempre. Pues ¿qué dolor será aquel, y gemido de corazon, cuando echada bien esta cuenta vieren que todo el tiempo de su vida no fué mas que una sombra de sueño, y que por deleites, que presto se acabaron, sufrirán tormentos que nunca se acabarán?

La pena del entendimiento será mayor, considerando la gloria perdida. De aquí les nacerá aquel gusano remordedor de la conciencia, con que tantas veces amenaza la Escritura; el cual mordiéndoles de dia y de noche, siempre roerá y se apacentará en las entrañas de los malaventurados. La carcoma nace del madero, y siempre está royendo al madero donde nació; así el gusano de la mala conciencia nace del pecado, y siempre tiene guerra con el pecado que lo engendró. Este gusano es un despecho y una rabia que tienen siempre los malos, considerando lo que perdieron y la causa porque lo perdieron, y la oportunidad que tuvieron para no perderlo. Esta oportunidad nunca se les quita de delante, ésta siempre les está comiendo las entrañas, haciéndoles estar siempre diciendo: ¡Oh malaventurado de mí, que tuve tiempo para ganar tanto bien sin quererme aprovechar! Tiempo fué en que me ofrecian rogándome con

él y dándomele de gracia y no le quise. Por confesar pronunciando con la boca mis pecados, me los perdonaban. Por pedir á Dios el remedio, me lo otorgaban. Por solo un jarro de agua fria, me daban la vida eterna; ahora me veo aquí para siempre, y llorando me arrepentiré de lo que hice, y todo será en vano.

Despues de todas estas penas queda más que padecer; pues es cierto que todas ellas son nada en comparacion de la que queda por decir. Mira tú cual será esta pena, pues tan espantosos tormentos como los que están dichos, se llaman nada comparados con ella; porque todas las penas que hasta aquí contamos, pertenecen por la mayor parte á la pena del sentido. Queda despues la pena del daño, que es sin comparacion mayor. Para cuyo entendimiento es de saber, que pena no es otra cosa, sino privacion de algun bien; y quanto este es mayor, tanto lo es la pena que se recibe cuando se pierde: como se ve en las pérdidas temporales, que quanto son de mayores bienes, tanto causan mayor dolor. Pues como Dios sea un bien infinito y el mayor de todos los bienes, el carecer la persona de él, claro está que será mal infinito y el mayor de todos los males.

Demas de esto, como Dios sea el centro del alma racional donde ella tiene su cumplido reposo, apartándose el alma de él, le ha de ser el más penoso dolor de cuantos puede recibir. Por lo cual dice San Juan Crisóstomo, que mil fuegos del infierno que se juntasen en uno, no darian al alma tanta pena, como la dará este apartamiento de Dios.

Allégase sobre todos estos males, que no son para poco tiempo; porque no han de tener fin, y por una eternidad han de estar tan grandes como el primer dia, Ponte á pensar aquella manera de tormentos que se ejecutaban en algunas provincias, quemando vivos á los malhechores; y quanto era mayor su delito, tanto con ménos fuego los consumian, porque así fuese más largo su tormento; el cual por más que se dilatara, apenas podría ser un dia natural. Pues si tan terrible y tan inhumano linaje de tormento es el que aun no durará un dia y con fuego tan pequeño ¿qué tal será aquel que durará una eternidad y con fuego tan grande? ¿Hay matemático en el mundo que pueda señalar aquí la ventaja que hay de uno á otro? Pues si por escaparse un hombre de aquel tormento no habria peligro ni trabajo á que no se pudiese; ¿qué seria razon que todos hiciéran-

mos por escapar de este eterno tormento? ¿qué es todo aquello en comparacion de lo que aquí tratamos, sino una sombra? Pues si sólo pensar esto nos espanta, ¿qué hará padecerlo?

Cosa es tan grande el penar para siempre, que aunque no fuera más que uno solo entre los hijos de Adan el que de esta manera hubiera de padecer, bastaba para hacernos temblar á todos. Esta es una inmensa pena de los miserables, saber que Dios y su pena corren á la par, no teniendo por esto su mal refrigerio alguno, porque su pena nunca tendrá fin. Si los malaventurados creyesen, que despues de cien mil millones de años habia de acabarse su pena, lo tendrían por gran consuelo, porque todo aquel mal, aunque tarde, tendria fin; mas su pena no lo tiene, porque como dice San Gregorio, dase allí á los malos muerte sin muerte y fin sin fin, acabamiento sin acabar; porque allí la muerte siempre vive y el fin siempre comienza y el acabar nunca desfallece.

Si esto no creemos, ¿dónde está la fe? Y si lo cremos y confesamos, ¿dónde está el juicio y la razon? Y si hay fe y razon, ¿Cómo dormimos tranquilos si estamos en pecado? ¿Cómo no pensamos en tan extraño juicio y peligro, pues, aun dado caso

que estemos en gracia de Dios, la podemos perder y ser por ello condenados al fuego eterno?

DE LA BIENAVENTURANZA ETERNA.

Así como la grandeza y multitud de las penas de los condenados no se pueden explicar con palabras, tampoco la multitud de bienes que gozarán en el cielo los que guardaren la ley del Señor, es posible declararse bastantemente: con todo eso, para alentar nuestra esperanza, diremos algo de la grandeza de la gloria. Cada sentido tendrá allí su deleite y su gloria singular: los ojos, renovados y más resplandecientes que la claridad del sol, verán aquellos palacios reales y aquellos campos de hermosura, con otras infinitas cosas que allí habrá que admirar; los oídos oirán siempre aquella música de tanta suavidad, que una sola voz bastaria para adormecer todos los corazones del mundo; el sentido del oler será recreado con suavísimos olores, no de cosas vaporosas como acá, sino proporcionadas á la gloria de allá; y asimismo el gusto será lleno de inestimable sabor y dulzura, no para sustento de la vida, sino para cumplimiento de toda gloria.

¿Pues qué sentirá entónces el alma del bienaventurado, cuando por la mortificación y guarda de los sentidos, que duró tan poco, se viere así anegada en aquel abismo de gloria, sin hallar cabo á tan grandes alegrías? ¡Oh trabajos bien empleados! ¡Oh servicios bien galardonados! ¡Oh cosa, no para hablarse, sino para sentirse y desearse, buscándola con mil vidas que tuviésemos que dar por ella!

Este gusto de los sentidos será el menor de todos: mucho mayor gozo recibirá el alma con la dichosa compañía de los Santos; porque allí la virtud de la caridad está en toda su perfeccion, á la cual pertenece hacer todas las cosas comunes. ¿Qué gozo tendrá allí uno de la gloria de todos, pues á cada uno de ellos ama como á sí mismo? Porque, como dice San Gregorio, aquella caridad celestial para todos es una, y para cada uno toda; porque de los gozos de todos recibe cada uno tan grande alegría, como si él mismo los poseyese. Pues ¿qué se sigue de aquí, sino que, pues es casi infinito el número de los bienaventurados, serán casi infinitos los gozos de cada uno de ellos. ¿Qué se sigue, sino que cada uno tendrá las excelencias de todos; pues lo que uno no tuviere en sí lo tendrán los otros?

Estos son espiritualmente aquellos siete hijos de Job, entre los cuales habia tan gran conformidad, amor y comunicacion, que cada uno por su orden hacia un dia de la semana su convite á los otros, de donde resultaba, que no menos participaria cada uno de la hacienda de los otros que de la suya propia. De esta manera lo propio era comun, y lo comun era propio, obrando esto en aquellos santos hermanos el amor y la hermandad. Pues ¿cuánto mayor es la hermandad de los escogidos? ¿Cuánto el número de los hermanos? ¿Cuánto mayores los bienes y riquezas de que gozan?

Pues, segun esto, ¿qué convite será aquel que harán allí los Serafines, que son los más altos espíritus, y más allegados á Dios, descubriendo á nuestros ojos la grandeza de su naturaleza, y la alteza de su contemplacion, y el ardor ferventísimo de su amor? ¿Qué convites harán luégo los Querubines, teniendo encerrados en sí tantos tesoros de la sabiduría de Dios? ¿Cuál será el de los Tronos, Dominaciones y todos los otros bienaventurados? ¿Cuál será el gozo viendo allí señaladamente aquel ejército de los gloriosos Mártires, vestidos de ropas blancas, con sus palmas en las manos; y con las glorio-

riosas insignias de sus gloriosos triunfos? ¿Qué será ver juntas aquellas once mil Vírgenes, aquellos diez mil Mártires, imitadores de la gloria y de la cruz de Cristo, con otra multitud innumerable?

Sube más arriba sobre todos los coros de los Angeles, y hallarás otra gloria singular; la cual maravillosamente alegra á toda aquella Corte soberana, hinchando de maravillosa suavidad la Ciudad de Dios. Alza los ojos, y mira aquella Reina de misericordia llena de caridad y hermosura, de cuya gloria se maravillan los Angeles, de cuya grandeza se glorían los hombres. Esta es la Reina del cielo, coronada de estrellas, vestida del sol, calzada de la luna, y bendita sobre todas las mujeres. ¿Qué gozo será ver esta Señora y Madre nuestra, no de rodillas delante del pesebre, no con los sobresaltos y temores de lo que aquel santo Simeon le profetizaba, no llorando y buscando por todas partes al Niño perdido, sino con inefable paz y seguridad sentada á la diestra del Hijo, sin temor de perder jamas aquel tesoro?

Y si éste es tan gran gozo, ¿qué será ver aquella sagrada humanidad de Cristo, y la gloria y hermosura de aquel cuerpo que por nosotros fué tan afeado en la cruz?

Cosa será por cierto, como dice San Bernardo, llena toda de suavidad, que vean los hombres á un hombre Criador de los hombres.

Por honra propia tienen los parientes ver un pariente hecho Cardenal ó Papa; pues ¿cuánto mayor honra será ver al Señor, que es carne y sangre nuestra, sentado á la diestra del Padre, y hecho Rey de cielos y tierra? ¡Cuán ufanos estarán los hombres entre los Angeles, viendo que el Señor del cielo y el comun Criador de todos no es Angel, sino hombre! Si los miembros tienen por honra suya la que se hace á su cabeza, por la gran union que hay entre ellos y ella, ¿qué será allí donde tan estrecha es la union de los miembros, que son los Santos, y de la cabeza, que es Cristo nuestro Redentor? ¿Qué será sino que todos tengan por suya propia la gloria de su Señor? Este será un gozo tan grande, que ningunas palabras bastan para darle debido encarecimiento.

Pues ¿qué será, sobre todo esto, ver claramente la divina Esencia, en que consiste la gloria esencial de los Santos? Allí veremos á Dios, y veremos á nosotros mismos, y veremos todas las cosas en Dios. Dice San Fulgencio, que así como el que tiene un espejo delante, viendo al

espejo, ve á sí mismo en el espejo; así cuando tuviéremos aquel espejo sin man-cilla de la Majestad de Dios presente, ve-remos á él, y nos veremos á nosotros en él, y despues lo que está fuera de él, se-gun el conocimiento mayor ó menor que de él tuviéremos. Allí descansará el ape-tito de nuestro entendimiento, no deseando saber más, porque tendrá delante todo lo que se puede saber; allí descansará nuestra voluntad amando aquel bien uni-versal en quien están todos los bienes, fuera del cual no hay bienes de que gozar; allí reposará nuestro deseo con la posesion de aquel soberano gozo, hinchendo de tal manera todo nuestro corazon, que no le quedará más capacidad para más dese-ar: allí serán perfectamente remunera-das aquellas tres Virtudes con que es Dios aquí honrado: Fe, Esperanza y Caridad; dándole á la Fe, por premio, la clara vi-sion, y á la Esperanza la posesion, y á la Caridad imperfecta la Caridad con toda perfeccion. Allí verán, y amarán, y goza-rán estando hartos sin hastío, y hambrientos sin necesidad: allí es siempre donde se canta aquel cantar nuevo que oyó San Juan cantar en el Apocalipsis, el cual llama casi nuevo; porque aunque él sea siem-pre de una manera, porque es un loor co-

mun, que responde á una misma gloria que todos tienen; mas con todo esto es siempre nuevo quanto al gusto y á la sua-vidad; porque el mismo sabor que tuvo á los principios, ese tendrá para siempre.

Esto es lo que sólo habia de bastar para hacernos andar dando voces, llaman-do á todos los trabajos, que sobre nosotros lloviésen, á trueque de servir y agradar á quien tan largas mercedes nos ha de hacer. Durará este galardón tantos milla-res de años quantas estrellas hay en el cielo, y mucho más. Durará tantos cente-nares de millares de millares de años quantas gotas de agua han caído en la tierra, y mucho más. Durará, finalmente, quanto durare Dios, que será para siem-pre jamas; porque escrito está: El Señor reinará para siempre jamas. Y en otro lugar: Tu Reino es Reino de todos los si-glos, y tu Señorío de generacion en gene-racion. Pues ¡oh Padre de misericordia y Dios de toda consolacion! ruégote, Señor, por las entrañas de tu piedad, no sea yo privado de este soberano bien. No me des, Señor, en este mundo descanso ni rique-zas, guárdamelo todo para allá: no quiero heredar con los hijos de Ruben en la tier-ra de Galad; y perder el derecho de la tierra de Promision.